

AGUJEROS EN LA RED

Poemas satíricos

VISITA VANA

No, la nueva Ministra de Cultura
en su visita a Egipto no verá,
pese a la diligente
gestión de su Embajada, la admirable
joya de la corona del Valle de las Reinas.

No obstante que no saben muy bien de quién se trata
(su curriculum es muy poco convincente
y México un país con vagos vínculos),
la Dirección de Antigüedades
dispone que la lleven a visitar la tumba
recientemente restaurada
—privilegio de Estado—
de la exquisita Nefertari.

Desde el Mercedes negro que la lleva
hasta la entrada misma de la tumba
bajo un sol despiadado
la Ministra contempla
al exclusivo grupo de turistas
— ¡han pagado cada uno la friolera
de 180 libras esterlinas
para entrar 10 minutos! —
y que son retenidos para que ella
haga su recorrido sin molestias.
Los turistas protestan: hace meses
reservaron su entrada. Lo sentimos,
deberán esperar.

Al pie de las colinas leonadas y ardientes
la boca de la tumba
es un espejo ustorio.

“¡Johnny, baby, cariño
— la Ministra le grita a su asistente—,
pásame mi sombrero!”

El recinto está caldeado.
Apenas ha empezado a descender
la escalera interior que lleva a la antecámara,
la Ministra comienza a resoplar.
¡Por Dios, esto es un horno!
Un paso, dos... No.... ¡Uy, no!
¡Imposible, no puede! Se sofoca.
Señora sudorosa entre los bajos muros
lo único que quiere es volver atrás,
salir, escabullirse
de ese opresivo baño sauna.

¡Dioses del Inframundo,
Unti radiante, Het-ke Ptah,
Heru-juti, Hator,
Anubis, Thot, Serket,
concédale salir
lo más pronto posible de este infierno!
No importa lo que piensen.
No verá las pilastras
colmadas de figuras y signos policromos,
halcones, buitres, búhos,
emblemas y cartuchos,
ni el techo donde fulge el claro sol naciente,
pinturas deslumbrantes;
nada de la intrincada letanía
a los dioses bifformes
que eleva entre la sombras
la magnífica Reina
de las Dos Tierras mientras,

alhajada y ungida y maquillada
— malaquita, albayalde, cinabrio—
envuelta en seda fina,
con el ojo pintado hasta la sien,
belleza inmarcesible
con aretes de medialuna
y una corona que semeja un buitre
con las alas plegadas,
sentada en un sillón de alto respaldo
juega al ‘senet’ y canta sus plegarias.

No verá al verde Osiris coronado e inmóvil
ni al anillo del Sol circundado por una serpiente,
las cobras alternándose con plumas de avestruces;
no cruzará el dintel con la gran diosa alada
y no recorrerá la escalera que lleva
a la imponente sala del sarcófago,
ni verá el techo azul,
los muros decorados de la sala
donde alguna vez reposó
y ya no lo hace más
la gentil Nefertari.

(¿Sabrá acaso

la diaforética Ministra
quién fue Nefertari?)

Y ante el asombro

de su pequeña comitiva,
de guardias y turistas retenidos,
se da la media vuelta y abandona
aquel sitio que le abren sólo a pocos
visitantes ilustres: presidentes
ministros, diplomáticos
o turistas comunes, pero ricos,
muy pocos días al año.

De regreso hacia el Cairo,
templada por el clima
artificial de su automóvil,
la Ministra en recuerdo
de su visita compra aromas
y unos aretes de bisutería
en un bazar turístico.

ANDANTINO CON FUOCO

Al filo de las 3 de la mañana,
21-07-06,
en Belgrave Sq., Belgravia, London,
visiblemente intoxicada
la célebre top model Naomi Campbell, bella
e intensa como una pantera, grita
y gimotea al pie de una ventana.

Durante largo rato permanece
amenazando con subir hasta el balcón
del opulento príncipe árabe
con el que hasta hace poco copulaba.
Hecha una furia, la beldad
arroja un vendaval
de improperios y piedras.

No hace falta saber que no es la diva de ébano
no obstante su envolvente agilidad
la *Aphonopelma seemanni*,
la tarántula cebra
que segrega por el tarso distal
de sus patas una seda muy fluida
que al entrar en contacto con el aire
rápidamente se solidifica,
y así asciende cristales
y otras paredes lisas.
(La tarántula cebra
habita en Costa Rica).

De modo que, con todo,
no trepará al balcón del dubaíta
para espetarle a gritos su despecho.

¿Qué hará el príncipe arábigo?
¿Osará profazar a su ex amante?
Por lo pronto, llamó a la policía
que luego de calmar a la iracunda
y en vista de su fama (buena y mala)
le extendió un citatorio
y la llevó a su hotel.

La modelo podría ser arrestada en caso
de no comparecer.

VELO Y CHONGO

La celeberrima Gioconda

Ma donna Lisa

(Lisa del Giocondo

née Gherardini, dama

florentina), con chongo

y un transparente velo vaporoso,

nos sonrío en el principio

de su puerperio —dicen.

(*Un figliolo Signora*, cantó el pájaro).

El tercero, quizá.

Un escáner con láser en 3 D

del mítico retrato ha revelado,

imperceptible casi, un velo

de gasa fina y transparente

que la *donna* llevaba sobre el pecho

y que las repetidas capas

de barniz ocultaron:

un velo que solían ponerse las mujeres

embarazadas o recién paridas,

lo cual sugiere que la Gherardini

amamantaba todavía cuando empezó a posar.

Con reflectografía infrarroja

traspasaron también ciertos pigmentos

hasta observar que la enigmática

sonrisa de contornos imprecisos

está lograda a base de un muy tenue

efecto vaporoso, fuertemente

sombreado, que difumina

las comisuras de la boca.

Sfumato, Maestro!

La pesquisa digital, además,
ha arrojado otros datos:

la mujer

no lleva el pelo suelto,
como a primera vista pareciera;
los rizos que le caen desde las sienes,
que replican los valles y ondulantes
ríos del fondo, son
únicamente un rasgo
de discreta coquetería,
*et qu'elle n'avait les cheveux libres
puisque les jeunes filles seulement
et les femmes de mauvaise vertu*
(Cf. *Le Monde*, 27-09-06)

llevaban suelto el pelo,
y ella, la Lisa Gherardini,
era una dama.

Y que hay
sobre su rostro huellas
de que Leonardo pintaba
con los dedos. ¿Lo creerás?

CHIPS EN EL RETRETE

El búlgaro Topálov,
Veselin Topálov, ajedrecista
consumado, sospecha
de las demasiado frecuentes
visitas al baño de su adversario,
el campeón ruso Vladimir Kramnick.
Ambos disputan el mundial
de ajedrez en Elista, Rusia, con
un premio de un millón de dólares
al que venza en 12 partidas.

Luego de cuatro juegos,
Topálov se quejó, arguyendo
que en el curso de la última partida
el ruso visitó, en menos de 5 horas,
hasta 50 veces el retrete,
el único lugar sin vigilancia
de algún sistema de audio o de video.

Y entre que son peras o son manzanas,
el búlgaro exigió que clausuraran
el baño del rusito.
El Comité de apelaciones
encontró pertinente su reclamo
y dictaminó que ambos usaran otro baño
hasta cuyas puertas deberían
acudir escoltados por un árbitro.
Por dignidad, el ruso se negó
a disputar el quinto juego
(ganaba 3 a 1).
Por prescripción médica, explica,
debe beber mucha agua durante las partidas

y, como ustedes saben, ingerir muchos líquidos
incita a la micción.

Sin duda suena absurdo, pero
vista con objetividad
la cosa tiene cierta lógica
dado que el enurético podría
haber estado usando, oculto,
algún artilugio electrónico
que, no obstante sistemas como
los llamados “inhibidores de ondas”,
le permitiera que alguien
utilizando una computadora
le estuviera soplando las jugadas
mientras, taimado, él minge, o lo finge.

Sí, Topálov creó belleza, arriesgó mucho,
estuvo a punto de lograr el triunfo
aunque no haya podido desfondar
el férreo cerrojo
de Krámnik. 2 derrotas, 2 empates,
recordaba un maestro búlgaro
al concluir el Mundial (que finalmente,
a pesar del sainete, ganó Krámnik).

LA PIANISTA TRUCADA

En agosto de 2005

El Boston Globe

en su sección de música
celebraba “a la más grande pianista viva
que ha conocido el mundo,
Joyce Hatto”, y la llamaba
“una radiante joya oculta
que casi nadie ha oído”.

El diario reseñaba la existencia
escasamente conocida

de una discografía impresionante:
119 CDs

con versiones inigualables
de los grandes maestros: Beethoven
Mozart, Liszt, Rachmaninov.

Nunca en la historia de la música
otro pianista consiguió lo que ella:
tocar un repertorio variadísimo
con la misma y constante maestría.

Y dos años después

con motivo de su muerte, The Guardian
declaraba: “La más grande pianista
de Inglaterra.”

Venciendo un cáncer terminal
que la hizo retirarse de la escena
en los años setenta, pareció haber hallado
dos décadas más tarde la energía
y el genio necesarios para llevar a cabo
grabaciones de un virtuosismo
sin igual. “El micrófono la amaba”,
escribió un crítico. “El legado

de su discografía no tiene parangón”.
Todo sonaba bien entre sus manos,
incluso algunas obras de una dificultad
legendaria, que tan sólo unos cuantos
intérpretes se atreven a tocar,
fluían en sus manos tersas y transparentes
(como las transcripciones
de los 54 estudios
de Chopin, de Godowsky).

Pero algunos dudaron.

Sus interpretaciones

tenían algo de inhumano:
tocaba con igual maestría obras
de índole muy diversa,
todas extrañamente con estilos distintos,
como si no existiera
ninguna personalidad
definida detrás de esas versiones.

Pronto

pudo saberse que las grabaciones
de la eximia pianista eran idénticas
a las de otros artistas, con ligeras variantes.

Al final, como suele pasar en estos casos,
la cinta se rompió.

El marido,

ingeniero en retiro
con un pasado oscuro, confesó
haber plagiado cientos de versiones
de otros pianistas que después,
mediante elaboradas técnicas
de manipulación digital (que permiten,
entre otras cosas, modificar el *tempo*

sin alterar la altura de las notas),
trucaba hasta obtener versiones
de una vivacidad
y una frescura sorprendentes.

De este modo produjo y publicó
en ediciones de coleccionista
los registros de un repertorio amplísimo
que asombraron al mundo musical.
Su fraude revelaba un oído muy fino
y un infalible gusto en la elección
de las grabaciones pirateadas.
Más de 60 pianistas
contribuyeron, sin saberlo,
a cimentar el prestigio de Hatto.

“Lo hice por mi mujer, para que se sintiera
feliz en sus últimos días;
ella nunca lo supo”, declaró el viudo
que logró vender unos 6000 discos
en tan sólo 2 años.

EL ORIGEN DEL MUNDO NO HA PERDIDO LA CABEZA

No, el enorme pubis en primer plano,
con su crudo realismo,
no es, como asegura un coleccionista anónimo,
el fragmento de una obra
más grande cuyo rostro, sobre tela,
habría él comprado a un anticuario.
Si fuera el caso, dicen, el retrato
de esta mujer con la cabeza echada
hacia atrás, en aparente éxtasis,
que el comprador promueve
como el rostro del cuerpo que pintó
el revoltoso autor de “El origen del mundo”,
podría valer unos 30 millones de euros

Pese al furor y al despliegue mediático
(y a la avidez del nuevo propietario),
la crítica de plano lo rechaza.
El rostro de mujer
sin duda, sí, del siglo XIX
nada tiene que ver estilísticamente
con el frondoso e incitante pubis
que sigue perturbando espectadores
desde su muro en el Musée d’Orsay:
está pintado con trazos delgados,
pequeños y nerviosos,
muy alejados del estilo
seguro y desgarbado de Courbet.

Y no, la cara no es
la de Joanne Hiffermann,
por más que lo proclame
el comprador incógnito.

El icónico cuadro de Courbet
seguirá siendo lo que siempre ha sido:
una mujer desnuda
sin pies y sin cabeza.

FANS A LA CARTA

¿Qué experiencia puede ser más
gratificante y atractiva
que la de la celebridad?

Un hombre se pasea
por la lujosa zona comercial
de Rodeo Drive, en el corazón
de Beverly Hills.

Nadie

tiene idea de quién es
pero varias personas lo siguen expectantes
y un audaz paparazzo lo enfoca asiduamente.

Pronto un nutrido grupo
se ha reunido y lo observa a distancia.

¿Alguno lo conoce? Poco importa:
si lo siguen y lo fotografían
sin duda debe ser alguien famoso
y hay que tomarse fotos junto a él.

El hombre no parece prestar mucha atención
al grupo de curiosos.

Los flashes lo iluminan
mientras él se detiene ante alguna boutique.

“Es terrible ser una estrella”,
comenta una señora.

Unos metros más adelante, varios
transeúntes se ha acercado ya
a pedirle un autógrafo.

Y a la pregunta emocionada
de una joven turista, un policía responde:
“Es un jugador de futbol,
me parece.” La gente lo mira, embelesada.

Lo que nadie sospecha es que todo es
meramente un montaje,
una simulación, realizada
para mostrar que la credulidad
y el candor de la gente
no tienen fin...

Existe
una agencia en Los Ángeles
que ofrece un atractivo y altamente
redituable servicio,
asegura: fans a la carta.
“Nada atrae tanto a una multitud
como una multitud”, es su divisa.
Por ciertas cantidades, que varían,
promete a sus usuarios
el gozo indescriptible
de “vivir la experiencia de la fama”.
El menú incluye mítines,
recepciones, festejos, todo al gusto
(y al bolsillo) del cliente.

La agencia ofrece a los interesados
diferentes opciones:
un servicio de recepción en el aeropuerto,
con chicas entusiastas, cartelones y gritos,
fotógrafos y cámaras
de televisión por 5000 dólares;
por una multitud alborozada
coreando su nombre
en la acera de enfrente del hotel
donde se hospede el contratante,
se cobran 3000 dólares;
la cobertura de un paseo
por una calle chic, con un grupo de fans

y uno o dos paparazzi detrás de uno,
tiene un costo también de 3000 dólares.

El director de la agencia de marras,
que ha seguido a lo lejos el paseo
del ilustre desconocido
(llamado, emblemáticamente, Jack
Minor, un actor incipiente),
contratado por él para mostrar
que es válida su hipótesis,
se pregunta, sonriendo:
“¿Qué es la fama?”

Y él mismo se responde:

“Es solamente aquello
que les haces creer a los demás.”